

Catatumbo, una comunidad de fe más allá de la guerra

Mg. P. Hermes Flórez cjm

Facultad de Estudios Bíblicos Pastorales y Espiritualidad



Tomada de: <https://www.cssr.news/spanish/2025/01/catatumbocolombia-la-fe-que-alivia-el-sufrimiento-de-una-region-desplazada/> Enero 29 de 2025

La Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual del Concilio Vaticano II enseñó que “el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS, 22). Con esta convicción, el evento conciliar daba un aporte decisivo a la antropología cristiana en un contexto donde los grandes descubrimientos que el ser humano hacía no iban al mismo nivel que el descubrimiento de su sublime vocación.

Bogónez habla de las paradojas a pesar de los grandes cambios: conviven la riqueza y la miseria, la libertad y la esclavitud, la unidad y las divisiones (Bogónez, 2017, p. 300). Sin embargo, a pesar de este contexto, la Iglesia cree que, en Cristo, el *homo perfectus* y *novissimus Adam*, el misterio del hombre se clarifica desde su creación.

En efecto, la preocupación por la sublimidad de la vocación del ser humano y, por ende, de su dignidad, encuentra en el mensaje del cristianismo un fundamento para saber dis-

cernir los signos de los tiempos, de manera que lleve este mensaje al hoy de la historia.

Hablar del Catatumbo desde la espiritualidad cristiana nos permite situar desde dónde nuestra mirada se desenvuelve. Podríamos hacer eco de un libro publicado sobre el Catatumbo, cuyo título pareciera ir en esta línea de dignificación: *Catatumbo, memorias de vida y dignidad* (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2018). Ahora, estas palabras “vida y dignidad” parecen desafiadas y renombradas, incluso con la mirada de este Boletín: Catatumbo, dolor y esperanza.

Una mirada comunicativa desde y hacia el Catatumbo

Con nuestro planteamiento inicial del mensaje de la Iglesia, reconocemos que las miradas que registremos y estudiemos sobre el Catatumbo dependen de la visión que quiera comunicar el observador, incluso si este

es creyente. Por eso se requiere afirmar que “Esta realidad corre el riesgo de volverse invisible a la mirada de muchos saberes especializados, que responden a exigencias inmediatas, pero les cuesta ver la vida como realidad poliédrica” (Francisco, 2023). Y, sin embargo, “la realidad es superior a la idea” (Francisco, 2013).

No deja de causar dolor —y más cuando se es de allí— la situación que atraviesa el Catatumbo: masacres, asesinatos selectivos, desplazamientos, desapariciones y una destrucción creciente de la tierra parecen tener la última palabra. Por otra parte, las respuestas a los clamores de la comunidad desde la intervención militar y la estigmatización de los catatumberos minimizan la lucha por la dignidad, la vida, la paz, que son valores del Reino: “Esta es la fórmula: ‘si quieres la paz, defiende la vida’. La vida es el vértice de la paz” (Pablo VI, 1977). No hay cansancio cuando se trata de defender la vida y la paz en la casa.

En efecto, el “Catatumbo” es una casa. En lengua Barí también su significado es el de “casa del trueno” (CNMH, 2018, p. 15) y se encuentra ubicado al norte de Norte de Santander. Es la casa de las relaciones humanas y con los seres de la naturaleza, conformada por varios municipios: Ocaña, El Carmen, Convención, Teorama, San Calixto, Hacarí, La Playa de Belén, El Tarra, Tibú y Sardinata (donde queda ubicado el corregimiento de Las Mercedes). Allí habitan los catatumberos, es decir, aquellos amantes de la tierra y de todo lo que ella posee, es decir, la mayoría de sus habitantes.

Esta mayoría de pobladores ha sido invisibilizada por el panorama desolador de la guerra que, alimentado por los medios, crea un imaginario general sobre la población. En una monografía de opción de grado presentada en UNIMINUTO hemos desarrollado este aspecto y la importancia de la comunicación para el cambio social en el Catatumbo (Cfr. Flórez, 2023). Ahora bien, en este contexto, la comunicación del Evangelio aparece ante la mirada de todos sus habitantes.

La Iglesia, con todos los desafíos sobre el terreno, tiene un papel protagónico para comunicar la vida, la paz, los valores del Reino y otras estrategias que hacen de la fe ritual una fe viva y orientada hacia el bien común. De hecho, la comunicación y la evangelización están profundamente entrelazadas, y más cuando se trata de inspirar y fortalecer el compromiso con la justicia, la paz y la defensa de los derechos humanos en el Catatumbo, para construir una sociedad más

fraterna y solidaria, como lo anuncia la espiritualidad cristiana a un pueblo que vive agobiado por la violencia.

Es necesario pensar de una manera diferente el Catatumbo. José Alba, en su análisis como profesor, en el municipio de Ocaña, analizaba esa mirada que ha llevado a contar el Catatumbo como “ligado a la historia de Colombia mediante la violencia y el petróleo” (Alba, 2017): la llegada de las petroleras en 1931, que ocasionó la resistencia de los indígenas Barí, declarados enemigos con el pretexto de fomentar la mano de obra civilizada que condujo a la colonización del Catatumbo; el ingreso del Ejército de Liberación Nacional y el Ejército Popular de Liberación (década de los 80); la llegada de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (años 90); y el control por parte de las Autodefensas Unidas de Colombia en los inicios del 2000.

Durante estos años, el impacto sobre la labor de la Iglesia fue enorme: la comunidad cristiana vivió grandes desafíos: desplazamiento, asesinato de sus pastores, privación de la celebración comunitaria de la fe, alejamiento de los centros de culto, etc., tiempos todos vividos por el autor de este escrito. Pero también fue el tiempo del testimonio de la fe aún con la “lápida en la espalda”: muchos cristianos convencidos de su fe dieron de beber al sediento, vistieron al desnudo, hospedaron al peregrino y así se convirtieron en “objetivo militar”. Mártires de la puerta de al lado.

Evidentemente, son muchos los ejemplos ocultos que sostienen la espiritualidad cristiana en la región y que no se podrían citar desde reflexiones académicas, sino desde la praxis: en los tiempos de niñez, y aún hoy, los catequistas y los celebradores de la Palabra son los que siempre tienen un mensaje de fe en las comunidades rurales, dada la difícil situación social o la escasez de clero (el sacerdote preside la Eucaristía una o dos veces en las veredas, el obispo visita lugares alejados); las emisoras comunitarias comunican su mensaje de paz hasta donde les alcanza la cobertura; los sacerdotes aprovechan el encuentro dominical para enriquecer una espiritualidad del compromiso social en todos; las religiosas viajan por horas a pie o a caballo para acompañar a comunidades lejanas o cuidar de los más débiles (recordamos con gran aprecio a las Hermanitas de los Pobres, de nuestra gran familia espiritual eudista presentes en la zona y a las Hermanas de la Presentación, extraordinarias misioneras). Todos son santos:

Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. (Francisco, 2018).

Lo anterior nos deja entrever, así sea de forma mínima, por lo menos tres desafíos: 1) el desafío de la comunicación del Evangelio y sus implicaciones en la compleja zona del Catatumbo (Flórez, 2023); 2) el desafío del trabajo por el desarrollo social en una región asediada por la violencia de diversa índole por cerca de cien años (CNMH, 2018 y Alba, 2017); y 3) el desafío de una espiritualidad cristiana basada en la dignidad humana, en Cristo.

Una Iglesia que lucha por la justicia, la paz y la defensa de los DDHH

La comunidad catatumblera pudo sentir la cercanía del Papa Francisco en el rezo del Ángelus hace algunos días. Francisco manifestó su preocupación por la situación de Colombia, especialmente en esta región “donde los enfrentamientos entre grupos armados han provocado numerosas víctimas civiles y más de 30.000 desplazados” (Francisco, 2025). No es la primera vez que desde Roma se hace un llamado sobre la región. También Juan Pablo II ofreció caminos concretos de trabajo en el Catatumbo (Juan Pablo II, 1999). Esto se suma al protagonismo de los obispos de la región, de los sacerdotes, religiosos y religiosas y demás comunidad cristiana, como hemos señalado.

La comunicación del Evangelio en el Catatumbo está hecha de “tierra, madera, agua” (CNMH, 2018), es decir, untada de barro. Allí se experimenta lo que es la espiritualidad del compromiso social. Muchos de estos caminos no han sido sistematizados, sino que son producto del trabajo sobre el terreno: hay mente, corazón y manos.

Para responder a estas exigencias, algunos actores han protagonizado importantes aportes desde la academia: la formación ocupacional y profesional como alternativa en los contextos de violencia (Gelvez, 2015), una investigación desarrollada por un sacerdote de la región, el abordaje de la realidad desde “el análisis de los conflictos culturales”

(Ortega, 2015), para ayudar a buscar posibles soluciones y a presentar nuevas alternativas para resolver los conflictos de formas no violentas y un amplio trabajo de sistematización de iniciativas por la paz (un ejemplo de esto en Las Mercedes es el trabajo realizado por Ortiz, 2022) y muchos otros proyectos con los que cuentan las Diócesis desde sus pastorales y alianzas con entes nacionales e internacionales (algunos casos son mencionados en Franky, 2020).

Estos ejemplos visibilizan muchas iniciativas de la Iglesia catatumblera para el desarrollo de la región. Podríamos estructurar tres caminos desde la espiritualidad cristiana que han ayudado a inspirar y fortalecer el tejido social en el Catatumbo en la praxis: 1) La Iglesia en el Catatumbo ha asumido un compromiso por hacer presente en la sociedad los valores del Reino de Dios como la justicia, la paz y la defensa de los DDHH; 2) En una comunidad que no ha tenido grandes oportunidades de desarrollo integral sostenible, los líderes religiosos han predicado el mensaje del Reino y se convierten en sacerdotes que “tejen la última red de protección frente a la muerte y el desplazamiento” (Parada, 2024); 3) La comunidad cristiana resiste desde su profunda convicción de fe, esperanza y caridad a las situaciones de guerra y de violencia.

Estamos, pues, ante una comunidad que se resiste a dejar que la última palabra sea la de la violencia, la de la guerra. Un caso concreto lo vivimos hace pocos días, donde diferentes comunidades salieron a marchar por el cese de hostigamientos que no permitían la movilidad en la región y donde muchos municipios quedaron confinados.

También se sintió la cercanía y el compromiso de los Obispos de Colombia que levantaron su voz, para afirmar que “en medio del dolor y la incertidumbre, afirmamos que la paz es posible. Estamos convencidos de que el compromiso y el trabajo en torno al diálogo, al perdón, a la reconciliación y a la paz será un verdadero signo de esperanza para todos” (Conferencia Episcopal de Colombia, 2024). Sin embargo, el camino no es fácil y más si se analizan todos los factores que se destacan por su complejidad.

Destacamos la resistencia y la resiliencia catatumblera en tiempos como los que actualmente vive la región y que lamentablemente se han prolongado. La Iglesia no está llamada a liderar estos procesos de resiliencia y reconstrucción del tejido social, porque ella ya los lidera hoy y porque cuenta con la credibilidad de la gente. De eso estamos seguros: su lucha por la justicia, la paz y la de-

fensa de los derechos humanos es innegable. Con todas las herramientas necesarias ha logrado consolidar un camino concreto para comunicar el Evangelio en situaciones límites para la existencia humana: sin embargo, queda el camino de los que aún se resisten a ver en la violencia el camino más indicado y con él oscureciendo el misterio del hombre esclarecido en Cristo.

Conclusión: ¿Y nuestra espiritualidad eudista?

La espiritualidad eudista es una escuela concreta para vivir la espiritualidad cristiana. De hecho, el P. Michel Amouriaux, superior general de la Congregación, dice que la evangelización es la formación de Jesús en los cristianos (Eudistas, 2017, p. 8). En la actualidad, la comunidad eudista no tiene una comunidad local en el Catatumbo (la Provincia de Colombia tiene una comunidad en Cúcuta). Un sacerdote cucuteño, el padre Rafael García Herreros, soñó con la transformación del Catatumbo y, además, El Minuto de Dios desarrolla diferentes frentes de acción (educación, desarrollo rural, vivienda, etc.).

Estas iniciativas hacen presente el Reino de Dios en la región, aunque la pregunta permanente sea: ¿qué tiene nuestra espiritualidad para aportar en este contexto? Me atrevo a soñar con tres grandes oportunidades como eudista catatumbero: a) el acompañamiento a los sacerdotes, b) la renovación de la fe del pueblo de Dios, c) la lucha por la justicia y el desarrollo del Catatumbo.

En primer lugar, es necesario que como sociedad y como Iglesia se reconozca la labor incansable del clero y de los religiosos y religiosas en el Catatumbo (la Diócesis de Tibú tiene un poco más de 20 sacerdotes). En número pequeño, hacen esfuerzos infatigables que merecen ser sostenidos por sus mismos hermanos, y nuestra espiritualidad y carisma seguramente harían mucho bien. Se trata de hacerse hermanos de camino para experimentar una auténtica fraternidad sacerdotal cuando las fuerzas se agotan.

En segundo lugar, la permanente renovación de la fe del pueblo de Dios. San Juan Eudes, especialmente con el ejercicio de las misiones, nos ofreció un camino de misericordia y de labor incansable para que Jesús se formara en el corazón de cada cristiano. Esta tarea, que hace de forma extraordinaria la comunidad católica de la región, necesita

también ser sostenida por misioneros de la misericordia, enviados por el Padre de las misericordias.

En tercer lugar, la continuada lucha por la justicia social y el desarrollo integral del Catatumbo. En este aspecto, varios esfuerzos, inspirados en nuestra espiritualidad eudista, se han llevado a cabo en estos años (El Minuto de Dios está presente hace varios años en el Catatumbo). Hay que encontrar las maneras de mantenerlos e integrarlos como caminos para la comunicación del Evangelio.

